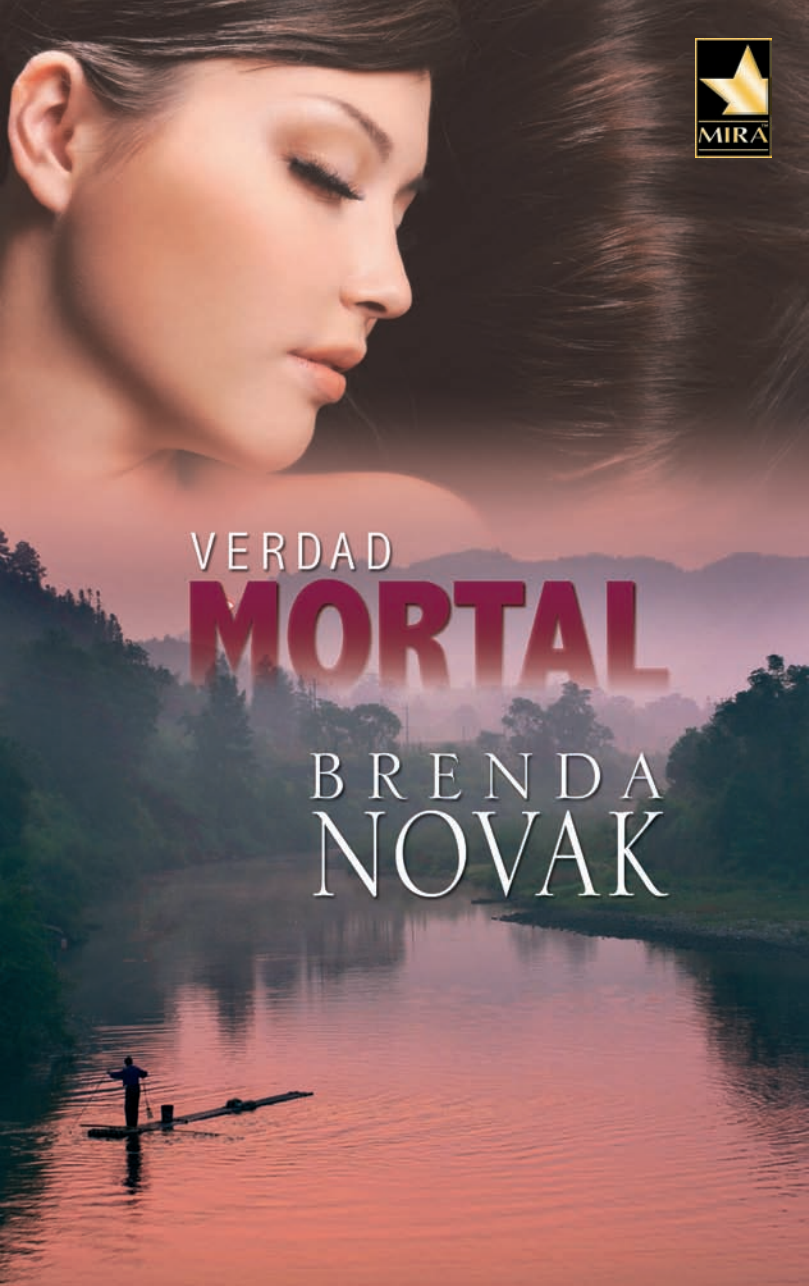

MIRA
VERDAD
MORTAL
BRENDA
NOVAK

VERDAD MORTAL

BRENDA NOVAK



HARLEQUIN™

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2007 Brenda Novak. Todos los derechos reservados.
VERDAD MORTAL, Nº 237 - 1.11.09
Título original: Dead Right
Publicada originalmente por Mira Books, Ontario, Canadá.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin y Mira son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-7488-5
Depósito legal: B-35712-2009
Editor responsable: Luis Pugni
Impresión y encuadernación: LITOGRAFÍA ROSÉS, S.A.
C/. Energía, 11. 08850 Gavá (Barcelona)
Imágenes de cubierta:
Paisaje: JIAJIANZHENG/DREAMSTIME.COM
Chica: VALUAVITALY/DREAMSTIME.COM
Fecha impresión Argentina: 30.4.10
Distribuidor para México: CODIPLYRSA
Distribuidor exclusivo para España: LOGISTA
Distribuidores para Argentina: interior, BERTRAN, S.A.C. Vélez Sársfield, 1950. Cap. Fed./ Buenos Aires y Gran Buenos Aires, VACCARO SÁNCHEZ y Cía, S.A.
Distribuidor para Chile: DISTRIBUIDORA ALFA, S.A.

1

¿Estaría su cuerpo dentro?

Madeline Barker, encogida bajo la fría lluvia de enero, se clavaba las uñas en las palmas de las manos. Acompañada por sus hermanastros y su madrastra, observaba a la policía y varios voluntarios intentar sacar de la cantera el coche lleno de agua de su padre. La cabeza le dolía por falta de sueño y tenía el pecho tan oprimido que casi no podía respirar, pero se mantenía perfectamente inmóvil… esperando. Después de casi veinte años, quizá pudiera tener por fin respuestas sobre la desaparición de su padre.

Toby Pontiff, el jefe de policía de Stillwater, Mississippi, se arrodillaba al lado del agujero.

—Cuidado, cuidado, Rex —gritó para hacerse oír por encima del ruido que provocaba el cabestrante.

Joe Vincelli y su hermano, Roger, primos hermanos de Madeline, se hallaban al otro lado de la cantera y sus rostros traslucían su impaciencia. Hablaban animadamente entre sí, pero Madeline no los oía con el ruido. Estaba segura de que era mejor así; lo que decían sólo serviría para alterarla más. Siempre habían acha-

cado la desaparición de su padre a otros miembros de su familia… Irene, Clay y Grace, que estaban allí con ella. Desgraciadamente, el hecho de que hubieran encontrado el Cadillac en la cantera, a ocho kilómetros del pueblo, los convencería aún más de que tenían razón. Desde luego, probaba que su padre no se había marchado por su cuenta.

Aparecieron las cabezas negras de dos buceadores que habían bajado unos minutos antes y Madeline vio a continuación la rejilla delantera del coche de su padre surgir del agua. Con un ataque repentino de lágrimas, se acercó instintivamente a Clay, que se mostraba tan sombrío y silencioso como las rocas circundantes.

El coche no atravesó la superficie. Rex pulsó un botón que detuvo el aullido del cabestrante y el silencio hizo que a Madeline le vibraran los oídos.

Su madrastra, una mujer baja y pechugona con un pelo a lo Loretta Lynn, soltó un gemido. Grace se volvió a consolarla, pero Clay no se movió. Madeline lo miró y se preguntó qué pasaría detrás de sus intensos ojos azules.

Como siempre, no era fácil saberlo. Su expresión reflejaba el cielo gris nublado. Quizá no estaba pensando. Tal vez, igual que ella, sobrevivía simplemente al cataclismo de sus sentimientos.

«Terminará pronto. Pase lo que pase, saber es mejor que no saber». O eso esperaba ella.

—Esto me está poniendo nervioso —protestó Rex, un hombre bajo y musculoso con el tatuaje de una mujer parcialmente visible en el cuello. Se acercó al jefe Pontiff con el ceño fruncido—. ¿Y si cortamos las rocas? El coche podría quedarse colgando.

—No se quedará colgando —repuso un agente de policía llamado Radcliffe.

El conductor de la grúa no le hizo caso y siguió concentrándose en el hombre al cargo de la operación.

—No creo que esto funcione —insistió—. Yo digo

que traigamos otra grúa antes de que alguien resulte herido o nos carguemos mi camión.

Toby, un hombre rubio con un bigote bien recortado, se había convertido en jefe de policía seis meses antes y era amigo de Madeline. Se habían criado juntos y ella había sido amiga de su mujer en el instituto. La miró un momento, bajó la voz y se volvió.

Aun así, ella oyó perfectamente lo que decía.

—Eso llevaría unos días. Mira ese grupo de gente. ¿Ves a la mujer del centro, la que está tan pálida como un fantasma? Su madre se suicidó cuando tenía diez años y su padre desapareció cuando tenía dieciséis. Y lleva ahí desde el amanecer, empapándose. No pienso enviarla a casa hasta que saque el coche de su padre de la cantera. Tenemos que ver si los restos están dentro. Ya he tardado una semana en organizar esto.

—Si ha esperado tanto tiempo, ¿qué más dan dos o tres días más? —preguntó Rex.

—¡Serán dos o tres días más! —casi gritó Toby—. Y ella no es la única interesada en lo que pasa aquí, como puedes ver.

Obviamente, se refería a los Vincelli, que se habían mostrado impacientes con la policía por no poder resolver la desaparición de su adorado tío. Sin duda Pontiff no quería que recurrieran a la alcaldesa pasando por encima de él, como habían hecho con el jefe anterior.

—Tengo que acabar esto lo antes posible —dijo con voz más tranquila.

El hombre llamado Rex hizo una mueca y metió las manos en los bolsillos de su pesado abrigo. Madeline no lo había visto antes. Era pariente lejano de Toby y lo habían llamado a una ciudad vecina después de que el dueño de la grúa del pueblo dijera que la suya no era capaz de hacer el trabajo.

—Lo siento —contestó Rex—, pero con tanta agua y cieno combinados con el peso del coche, no me quiero arriesgar a quemar el motor de…

—Si quisiéramos esperar, habríamos esperado —lo interrumpió Toby—. No estaríamos aquí congelándonos. Pero te llamamos a ti y dijiste que podías hacerlo. Así que ¿quieres hacer el favor de sacarlo del agua? Tu grúa es lo bastante potente para izar un coche.

Madeline se encogió; tenía los nervios demasiado alterados para controlar la ansiedad y la frustración que la embargaban. Habían sido siete días muy duros. Una semana atrás, un grupo de adolescentes había ido allí a hacer una fiesta; una chica se había caído al agua y estaba demasiado borracha para salir. Había resbalado bajo la superficie antes de que pudieran llegar hasta ella y, al buscar su cuerpo, que la policía encontró casi veinticuatro horas más tarde, había aparecido el Cadillac, que faltaba desde la desaparición de Lee Barker.

Como propietaria, editora y articulista principal de *The Stillwater Independent*, Madeline había cubierto la tragedia de la muerte de la chica desde la primera llamada frenética. Pero en ningún momento había pensado que pudiera llevar a aquello. ¿El coche de su padre había estado allí, tan cerca, todo ese tiempo, desde que ella tenía dieciséis años? Era una pregunta que se había hecho durante siete interminables días, mientras el pueblo afrontaba la tragedia más inmediata de la pérdida de Rachel Simmons.

Rex escupió en el suelo.

—Toby, los buzos no saben lo que hacen. Con el color del agua, apenas si pueden ver algo ahí abajo a pesar del foco. No puedo estar seguro de que no romperemos un cable de arrastre y enviaremos el coche al fondo.

Clay habló por primera vez.

—Los buceadores han dicho que han encontrado las ventanillas bajadas, ¿verdad?

Toby y Rex se volvieron a mirarlo.

—¿Qué tiene que ver eso? —preguntó Rex.

—Si las ventanillas estaban abiertas, han podido pasar los cables por ellas. Todo irá bien. Súbalo de una vez.

Clay era respetado por su fortaleza física y su agilidad mental, pero también había soportado sospechas en lo referente a su padre y podía jugarse mucho con todo aquello. Madeline sabía que el jefe de policía estaría pensando en ello. Casi podía leerle el pensamiento. «¿Quieres ayudar porque no sabes lo que hay en el coche o quieres encubrir el hecho de que lo sabes?».

Madeline quería gritar por millonésima vez que su hermanastro no había tenido nada que ver con lo que pudiera haberle pasado a su padre.

—Déjame esto a mí, Clay —dijo Toby, pero sin acritud.

Volvió los ojos color avellana a la cantera llena de agua antes de que sus palabras se pudieran considerar como un desafío. Hasta el jefe de policía se mostraba cauteloso con Clay. Con casi un metro noventa de estatura y más de cien kilos de puro músculo, Clay tenía un aspecto formidable, pero lo que asustaba a la gente era su actitud. Era tan contenido, tan distante, que algunas personas estaban convencidas de que era capaz de asesinar.

—Rex —dijo Toby—. Acabemos de una vez.

Rex lanzó una ristra de maldiciones, pero se acercó a la grúa y el cabestrante se puso en funcionamiento de nuevo y empezó a sacar lentamente el coche del agua.

Madeline contuvo el aliento.

—Cuidado con esos buzos —gritó Rex

El jefe Pontiff ya les había hecho señas de que se apartaran.

—Dejad que el cabestrante haga el trabajo, muchachos —gritó—. ¡Apartaos!

El ruido del metal en la roca hizo estremecer a Madeline. Era un sonido horrible, casi tan horrible como

ver el agua sucia y oscura salir del coche que había pertenecido a sus padres cuando era niña. ¿Por qué estaba el Cadillac en la cantera? ¿Quién lo había llevado allí? Y… la pregunta que la había atormentado durante veinte años… ¿qué le había pasado a su padre? ¿Lo sabría por fin?

Como el conductor de la grúa había predicho, el coche se enganchó en una piedra grande.

—¡Te lo dije! —gritó, y maldijo de nuevo. Pero antes de que pudiera parar el cabestrante, se rompió el eje trasero roñoso del coche y éste siguió emergiendo de su tumba de agua.

Madeline se clavó más las uñas en las palmas. La familiaridad del vehículo la transportaba de vuelta a la infancia, como si alguien la hubiera agarrado por los hombros y depositado en el asiento delantero. Con cinco o seis años solía sentarse con Eliza cuando su madre conducía por el pueblo para visitar a miembros de la congregación de su padre llevando consuelo a los enfermos y necesitados.

Madeline creía entonces que su madre era un ángel.

Cerró los ojos con fuerza y se llevó una mano a la frente, intentando borrar los recuerdos. Raramente se permitía pensar en Eliza. Su madre había sido un alma gentil; había representado todo lo bueno para Madeline. Pero, como decía su padre a menudo después del suicidio, también era débil y frágil. No solía decir muchas cosas positivas de su primera esposa, pero a Madeline eso no le había extrañado, pues ella tampoco había podido perdonar a Eliza.

Clay le pasó el brazo por los hombros y ella se volvió hacia su abrigo. No estaba segura de poder ver lo que sucedería a continuación.

—Tranquila, Maddy —murmuró él.

Ella se sintió reconfortada por su fuerza. Él era capaz de sobrevivir a todo. Madeline deseó poder ser así de fuerte. También deseaba que Kirk estuviera a su

lado. Habían salido durante casi cinco años, pero ella había roto la relación unas semanas atrás.

—Ya está —Pontiff agitó una mano cuando el Cadillac llegó a tierra firme

Esa vez, cuando paró el cabestrante, Rex apagó también el motor de la grúa. Madeline sintió que Clay se ponía tenso y se obligó a mirar. Sus primos corrían hacia el coche.

El jefe Pontiff le lanzó una mirada inquieta, se acomodó el sombrero y les cortó el paso.

—Dejadnos espacio —dijo, impidiendo que se acercaran mucho.

Madeline se alegró de que Clay, Grace e Irene no se movieran, pues ella no quería acercarse más al coche. No sabía lo que podía ver y temía que sólo sirviera para alimentar sus pesadillas. Cada pocas semanas soñaba que su padre llamaba a su puerta en plena noche. Siempre llevaba un abrigo pesado que se abría para mostrar un esqueleto.

Grace, una versión más refinada y elegante de Clay, le tomó la mano e Irene se acercó más. Clay se colocó delante, pero parecía más reservado aún que de costumbre. Sin duda pensaba en su reciente esposa e hijastra y en cómo podía afectarles aquello. Desde que se casara con Allie, era feliz por fin. ¿Pero por cuánto tiempo? La policía siempre acababa señalándolo con el dedo. El verano anterior casi lo habían llevado a juicio por el asesinato de su padre, sin cuerpo, sin testigos y sin ninguna prueba palpable. A menos que en el coche hubiera algo que probara su inocencia, aquello podía colocarlo de nuevo en peligro.

—La puerta está cerrada y roñosa —comentó Pontiff—. Traed una ganzúa.

Radcliffe, un joven veinteañero, volvió a uno de los coches de policía y sacó la ganzúa, que llevó a su jefe.

Cuando éste empezó a abrir la puerta, el coche protestó audiblemente y Madeline sintió que los músculos

le dolían a causa de la tensión. Le dio un vuelco el corazón cuando cedió el metal y el agua salió con fuerza encima de los zapatos de todos.

Pontiff no pareció darse cuenta. Nadie se la daba. Todos miraban el chorro de agua como si esperaran que salieran trozos de su padre flotando en ella.

Madeline no vio nada que pudiera relacionarse con un ser humano, así que se acercó más y forzó la vista en busca de algún trozo de tela o… o hueso. Al menos, si los restos de su padre estaban en el coche, sabría que él no había querido dejarla. Nunca había podido aceptar que la había dejado por propia voluntad. Era el pastor del pueblo, un hombre temeroso de Dios, siempre dispuesto a ayudar en una emergencia, siempre un líder. Él no habría abandonado a su rebaño, su granja y su familia.

Lo que implicaba que lo habían matado. ¿Pero quién?

Madeline miró el agua que volvía de nuevo al borde de la cantera, mezclada con el agua de lluvia, y apretó la mandíbula. Nada macabro. Todavía.

Estaban abriendo el maletero. Las llaves del Cadillac habían aparecido puestas en el contacto, pero las cerraduras estaban corroídas, así que volvían a usar la ganzúa.

Madeline intentó ocupar la mente. ¿Pero en qué podía pensar en un momento así? ¿En la adolescente a la que habían enterrado el miércoles? ¿En el mal tiempo? ¿En los años que había vivido sin su padre?

Pontiff levantó algo con una mano.

—¿Reconoces esto?

Madeline se dio cuenta vagamente de que le hablaba a ella y asintió con la cabeza. Era una cámara Polaroid que había visto usar a su padre en varias ocasiones. Un escalofrío le subió por la columna vertebral. Ver la cámara hacía que él pareciera estar más cerca, pero no le decía nada.

—¿No hay nada más? —preguntó con un nudo en la garganta.

El jefe de policía sacó unos cables, un par de latas de gasoil y una manta empapada. Artículos familiares que podían encontrarse en cualquier maletero.

«Que haya algo que revele por fin la verdad». Madeline rezaba con tanta fuerza que casi no pudo creerlo cuando le oyó decir:

—Nada más.

—¿Qué? —gritó ella—. ¿No hay nada que nos diga adónde fue?

Pontiff se encogió de hombros incómodo.

—Me temo que no.

Ella no se movió. Se sentía clavada al suelo. Clay le secó las lágrimas con el pulgar.

—Lo siento, Maddy.

Ella esperaba mucho más. Aquello no podía acabar así, porque entonces estaría en el mismo sitio en el que estaba antes de que descubrieran el coche. Donde había estado siempre… lidiando con aquel enojoso misterio y la posibilidad de no llegar a saberlo nunca.

—Tiene… —le castañeteaban los dientes de frío—. Tiene que haber… algo más —dijo—. Lo miraréis, ¿verdad? Dejaréis que se seque el coche y… y lo revisaréis a fondo.

El jefe Pontiff asintió, pero ella notó que no se mostraba optimista.

—¿Dejarás que te ayude Allie? —su cuñada había sido inspectora en Chicago; seguro que podría descubrir alguna pista.

Pontiff lanzó una mirada a Joe y Roger e hizo una mueca.

—Sabes que no puedo hacer eso.

—No dejes que los Vincelli te dicten cómo tienes que llevar esto —le pidió Madeline—. Ella es la persona más cualificada de por aquí.

—También está casada con el hombre que lo hizo —gritó Joe.

El hoyuelo de su barbilla era demasiado profundo para resultar atractivo. O quizá fueran los ojos demasiado juntos los que le daban un aire sospechoso. Medía un metro ochenta y era casi tan musculoso como Clay, pero Madeline nunca lo había encontrado atractivo.

—Basta —murmuró.

Pero él no le hizo caso.

—Madeline, si quieres saber lo que le pasó a tu padre pregúntale al hombre que tienes al lado.

Señaló a Clay, pero palideció cuando éste le clavó sus ojos de acero. No había muchos hombres que pudieran enfrentarse a Clay y Joe no era uno de ellos. Retrocedió murmurando:

—Díselo tú, Roger.

El hermano de Joe era todavía menos atractivo. Tenía los dientes más rectos, pero era más delgado, unos diez centímetros más bajo y tenía muchas entradas en el pelo. Aunque era el hermano mayor, tendía a estar a la sombra de Joe.

—Es cierto —dijo, pero débilmente, como con miedo de provocar a Clay.

El jefe Pontiff no hizo caso a ninguno de los dos. Madeline sabía que conocía bien las sospechas y acusaciones del pasado. Estaba en el Cuerpo cuando la esposa de Clay volvió al pueblo y empezó a investigar el caso Barker. Estaba allí cuando el padre de Allie, el anterior jefe de policía, acusó a Clay de asesinato y lo metió en la cárcel el verano anterior. También estaba allí cuando soltaron a Clay porque no había, ni había habido nunca, pruebas que lo vincularan con el crimen.

—Este coche ha estado sumergido muchos años —dijo Pontiff con la atención puesta en ella—. Míralo. Hasta el metal ha empezado a corroerse. Me temo que

no pueda decirnos lo que queremos saber. Tienes que prepararte para eso.

—¡No! —ella se esforzaba por dejar de temblar—. Puede haber un… diente o un pelo entre los asientos. Alguna prueba, alguna pista —ella veía religiosamente los programas de casos antiguos de la tele y los grababa si no iba a estar en casa. Había visto docenas de casos resueltos con pruebas muy pequeñas.

—Lo investigaremos todo, pero… —Pontiff no terminó la frase.

—¡Oh, Madeline! —musitó Grace.

Ésta no contestó. Quería calmarse, por el bien de su familia. No necesitaban el estrés añadido de verla desmoronarse. Ellos también habían sufrido mucho. A ella al menos nadie la había acusado de la desaparición de su padre. Pero no podía contenerse.

—No prepares una excusa antes de intentarlo —dijo—. Encuentra algo. Quiero saber lo que pasó. Necesito saberlo —agarró a Toby del brazo—. Haz tu trabajo.

Pontiff parpadeó sorprendido y Clay se apresuró a abrazarla.

—¡Madeline, basta! —murmuró en su pelo.

A pesar de su tormenta interior, ella sentía demasiado respeto por Clay para ignorar sus deseos o avergonzarlo más todavía. Hundió el rostro en su pecho y se echó a llorar como no lloraba desde que era niña, con grandes sollozos que sacudían todo su cuerpo.

Él la abrazó con fuerza.

—Tranquila —murmuró—. Tranquila.

—Estás abrazando al hombre que lo mató —murmuró Joe.

—¡Cállate! —gritó ella.

Clay había sido el que había mantenido a la familia a salvo en los años oscuros después de la desaparición de su padre. En ocasiones, él había sido lo único que se había interpuesto entre ellos y el hambre.

—Lo siento —le dijo. No quería atraer la atención sobre él. Sabía que él simplemente quería seguir adelante con su vida y olvidar. Ella también habría deseado olvidar, pero le era imposible.

—No tienes nada que sentir —repuso él.

Madeline se apartó con un suspiro y se pasó la mano por la mejilla.

—Me voy a casa.

—Te llamaré si encontramos algo —dijo Pontiff.

Joe y su hermano seguían allí como chacales atraídos por un cadáver. Era obvio que querían acercarse y decir algo más, pero tenían miedo de afrontar las consecuencias.

Madeline se volvió a su coche. La policía siempre decía que seguirían investigando, pero nunca encontraban nada sólido. No les importaba la verdad, sólo querían culpar a los Montgomery para complacer a los Vincelli, que tenían poder político en el pueblo. Y aunque Pontiff fuera un amigo, estaba sujeto a las mismas presiones políticas que sus predecesores y probablemente seguiría sus pasos. No cambiaría nada.

Pero Madeline no podía aceptar «nada» más tiempo. Tenía que ser más agresiva, hacer algo que le proporcionara respuestas por fin.

Estaba bastante segura de lo que tenía que ser ese algo. Pero a su familia no le gustaría. Y no había garantías de que fuera a dar resultado.

2

Madeline anhelaba llamar a Kirk. No había hablado con él desde la ruptura. Pero permitirse hacer lo que le resultaba cómodo y conveniente sólo llevaría a más de lo mismo. Kirk y ella no tenían esperanzas de ser felices juntos a largo plazo. Ella quería hijos, él se oponía terminantemente a ellos. Él quería salir de Stillwater y recorrer mundo; ella quería permanecer cerca de su familia y mantener su casa y su periódico. Era mejor para los dos dejarlo y que cada uno siguiera su camino.

Pero, aunque intuía que hacía lo correcto, la vida resultaba muy solitaria así. En especial porque ese día no había ido al periódico. Aunque no tenía empleados, sólo tres personas que se ganaban algo de dinero extra repartiendo periódicos una vez a la semana, la pequeña redacción alquilada del *Stillwater Independent* estaba situada en la calle Principal y pasaba mucha gente a verla. Normalmente disfrutaba de la compañía, pues una periodista tenía que estar conectada con la comunidad. Ese día, en cambio, no había querido afrontar las preguntas, la conmiseración, las reacciones que provocaría el hallazgo del Cadillac.

Tomó a su gata en brazos y se frotó la barbilla en el pelaje de Sophie. Si el desaparecido no hubiera sido su padre, ya habría escrito un artículo sobre lo ocurrido en la cantera. Pero estaba demasiado próxima a la historia y, después del ajetreo que había seguido a la muerte de Rachel Simmons… la búsqueda, el funeral, las condolencias a la familia… se sentía exhausta emocionalmente.

No podía escribir sobre lo que había ocurrido esa mañana. Todavía no. Ese día no había hecho gran cosa aparte de navegar por Internet en busca de alguien que pudiera ayudarla.

Dejó a Sophie en el suelo, tomó el viejo edredón de su madre del sofá donde había estado acurrucada unos minutos atrás, se lo echó por los hombros y se acercó a la ventana. Se hacía tarde y seguía lloviendo.

Estaba harta de la constante lluvia, cansada del frío. El golpeteo continuo en el tejado le hacía sentirse vacía. Y todo parecía empapado y olía a moho.

Miró las llaves del coche, que estaban en la mesita antigua de la entrada. Quizá si salía e iba a ver a su familia… Pero el reloj del vestíbulo le dijo que era demasiado tarde. Además, no quería ir a la granja donde vivían Clay y Allie; se había criado allí y no podría ir sin pensar en su padre.

Se acercó al pequeño escritorio que había en su cocina anticuada y tomó la lista de investigadores privados que había imprimido de Internet. Había llamado ya a varios, pero sus respuestas la habían decepcionado. O estaban muy ocupados y no podían ir a investigar en Stillwater o se especializaban en niños perdidos y maridos infieles.

No obstante, algunos le habían recomendado a un hombre llamado Hunter Solozano. Era más de medianoche, pero no le importaba. Seguramente sería un teléfono de trabajo, donde podría dejar un mensaje y tener la sensación de que había alguna esperanza.

Esperaba que sonara al menos tres veces, así que se sobresaltó cuando una voz profunda contestó casi al instante:

—¡Maldita sea, Antoinette, ya te has cobrado tu libra de carne!

Madeline se puso tensa.

—¿Y si no soy Antoinette? —preguntó.

Hubo un momento de silencio.

—Eso depende —gruñó él, cuando se recuperó de la sorpresa—. ¿Quién es y qué quiere?

—Eso también depende —repuso ella—. ¿Usted es Hunter Solozano?

—Sí.

—¿Y es tan bueno como dicen?

Él soltó una risita.

—Mejor. Especialmente, si está hablando de sexo.

Madeline sabía que ella se había metido sola en aquella trampa. Carraspeó avergonzada.

—Estoy hablando de su habilidad profesional.

—O sea, que es una llamada de trabajo.

—Sí.

—A las diez y media de la noche.

Hora de él. Por suerte, vivía al oeste de ella y no al este o habría tenido más motivos para quejarse.

—A mí me parece que está bien despierto.

—Gracias a mi ex mujer y a usted. Y por si no lo ha adivinado, eso no la coloca en buena compañía.

Madeline se frotó la frente fruncida.

—Pensaba que llamaba a un número de trabajo.

—Eso significa que no esperaba respuesta. Genial. En ese caso, esto puede esperar a mañana.

—¡No! —gritó ella antes de que le colgara—. Antes no contestaba y su buzón de voz estaba lleno.

Él no se disculpó ni le prometió estar disponible más tarde, por lo que ella siguió hablando.

—¿Cómo iba a suponer que me habían dado el número de su casa?

—No es de mi casa, es mi móvil. Si quiere hablar conmigo, es el único número que hay. Me gustan las cosas sencillas.

—¿No tiene un despacho?

—Tengo un pequeño despacho, pero casi nunca estoy allí.

Sophie se frotó en su pierna ronroneando, pero Madeline no le prestó atención.

—Asumo que no le interesa mucho aceptar encargos nuevos.

—Tengo más encargos de los que puedo hacer.

Su respuesta no era alentadora.

—Eso es una suerte para usted, ¿no?

—Navegar por las profundidades de la fragilidad humana tiene sus partes negativas.

—¿Y por qué no se dedica a otra cosa?

—A algunas personas se les da bien construir casas. Yo no soy una de ellas.

Tampoco se le daba bien atraer clientes, pero ella no estaba dispuesta a rendirse ahora que lo tenía al teléfono.

—Tengo un desafío para usted.

—Estoy cansado y me quiero ir a la cama. Pero gracias por la llamada.

—¿Puedo darle mi número al menos? ¿Me llamará por la mañana?

Hubo un largo silencio.

—¿Oiga? —preguntó ella.

—¿Por qué no la paso con un joven colega mío?

Quizá otra persona sería más fácil de tratar.

—¿Y ese colega es bueno?

—Trabajó una temporada conmigo haciendo búsquedas de bases de datos y acaba de conseguir su licencia. No tiene mucha experiencia, pero es ambicioso y está aprendiendo.

—No. Necesito a alguien que sepa lo que hace.

—No sé qué decir, señora…

—Barker. Pero soy señorita. Y llámeme Madeline.

—Señorita Barker. Por si no he hablado claro, no me interesa. Y a juzgar por su acento, vive usted a varios estados de distancia.

—Soy de Stillwater, Mississippi. ¿Dónde está usted?

—En Los Ángeles.

—En Los Ángeles hay mucha gente —comentó ella.

—Es cierto, pero si ha estado aquí alguna vez, sabrá por qué.

—Le pagaré bien.

—Sugiero que busque a alguien de su zona.

El pánico hizo que Madeline apretara el teléfono con fuerza.

—Pero no le he dicho lo que quiero.

—Déjeme adivinarlo. Quiere que mate al dragón que le impide dormir por la noche.

Ella miró el reloj de la pared de su derecha. Estaba cansada y demasiado nerviosa para ocultarlo. Evidentemente, aquello no trabajaba a su favor.

—¿No es lo que quieren la mayoría de sus clientes?

—En estos tiempos trabajo principalmente con personas que quieren saber si sus pronto ex parejas les ocultan bienes o tienen aventuras para poder conseguir un acuerdo de divorcio mejor. O que intentan cobrar una deuda. Su dragón suele ser la avaricia —hubo una pausa—. ¿Entra en alguna de esas categorías, señorita Barker?

—No, pero… —se esforzó por no perder los estribos—. ¿O sea que se ha vuelto vago? ¿Sólo acepta los casos sencillos?

—Acepto los casos convenientes y cercanos. Además, dudo de que usted pueda pagar mis honorarios.

Ella se inclinó por fin a acariciar a la insistente gata.

—¿Por qué piensa eso?

—Quizá por el acento.

—Eso es… discriminatorio —declaró ella enojada.

—Me ha llamado usted. Es libre de colgar cuando quiera.

Madeline apartó a Sophie, se incorporó y estuvo a punto de mandarlo al diablo. Pero tenía miedo de no poder encontrar a nadie más. Por lo que le habían dicho, desde luego, no encontraría a nadie mejor.

—Lo necesito —dijo, optando por la sinceridad—. Necesito su ayuda.

Él lanzó una maldición, pero no colgó; ella respiró hondo.

—¿Sigue ahí?

—¿Qué es lo que busca? —preguntó él con voz resignada.

—A una persona.

—¿Quién?

—Mi padre —no añadió que había desaparecido cuando ella tenía dieciséis años. Era mejor revelar las dificultades paso a paso.

—¿Adónde cree que se fue?

A pesar de todos los años que habían pasado, ella se había aferrado al sueño de un reencuentro… hasta que encontraron el Cadillac.

—Estoy casi segura de que ha muerto.

—¿Por qué?

Ella contuvo el aliento.

—No lo han visto en… mucho tiempo.

—¿Cuánto?

—Diecinueve años.

—¿Casi dos décadas? ¿No llega muy tarde este encargo, señorita Barker?

Su tono acusador hizo que a ella se le oprimiera la garganta.

—He hecho lo que he podido —respondió.

—¿Y qué ha descubierto?

Muy poco. El misterio superaba sus dotes de detective, y también las de todo el Departamento de Policía

de Stillwater. El señor Solozano tenía razón; debería haber buscado un detective mucho antes.

—No lo suficiente.

—¿Quién era el que más ganaba con su muerte?

—No es tan sencillo. Mi madrastra heredaba la granja, pero ella no le haría daño ni a una mosca.

—¿Quién más hay?

—Jed Fowler, un hombre que trabajaba en nuestro tractor la noche que mi padre desapareció. Parece… raro. Y un hombre más joven, Mike Metzger, que está en prisión por tráfico de drogas. Pero no sé si alguno de ellos es responsable. Eso es lo que quiero que descubra usted.

—A mí me parece una investigación de asesinato. Debería llamar a la policía.

A ella le molestó su ausencia de compasión. Tenía que saber que, en veinte años, ya habría ido a la policía. Pero le daba igual porque no quería intervenir. Hunter podía ser un buen investigador, pero era el imbécil más insensible que había conocido en su vida.

—Olvídelo. Siento haberle molestado. Vuelva a… —se le quebró la voz—. Vuelva a pelearse con su ex mujer. Espero que gane ella, por cierto —dijo, y colgó el teléfono.

Antoinette ya había ganado. Hunter dejó el móvil en la mesa. Se merecía la ira de Madeline Barker. No había dejado de provocarla. Después de hablar con su ex mujer y con su hija, necesitaba una pelea que pudiera ganar.

Pero no se sentía mejor por ello; en todo caso, se sentía peor.

La televisión muda proporcionaba la única luz de la estancia. La oscuridad normalmente lo tranquilizaba, pero esa noche no. Se pasó los dedos por el pelo, se incorporó y volvió a sentarse.

«Olvida lo de María. No sabe lo que dice; está muy influenciada por su madre».

Pero no podía olvidarlo. El dolor era demasiado físico; era como si tuviera una herida abierta en el pecho, como si su hija hubiera metido la mano por esa herida para estrujarle el corazón.

Teniendo en cuenta la inoportunidad de la llamada de la señorita Barker, era un milagro que hubiera conseguido captar la desesperación de su voz.

—La señorita Barker no es mi problema —dijo en voz alta.

Su problema era su hija. O, más concretamente, que su ex mujer hubiera puesto a su hija en su contra. Aunque pagaba cantidades exorbitantes de pensión, y sólo ese mes había enviado a Antoinette dos mil dólares más, su ex nunca estaba contenta. Dudaba de que su hija se beneficiara mucho del dinero que enviaba. La última vez que viera a Antoinette, ella se había operado la nariz y puesto unos pechos tan grandes que parecía una reina del porno. Su modo de gastar dinero y moverse por las fiestas de Los Ángeles intentando relacionarse con ricos y famosos resultaba humillante aunque ya no estuvieran casados. Su comportamiento debía de ser doblemente embarazoso para su hija. ¿Cuántas madres de su colegio tenían tetas del tamaño de sandías?

Pero Antoinette no se había vuelto tan obsesiva con la cirugía plástica, la ropa de diseño y los famosos hasta después del divorcio.

La culpabilidad que alimentaba su autodesprecio le pesaba bastante. ¿Cómo se las había arreglado para meter tanto la pata? Si pudiera retroceder…

Pero ya era tarde. El daño estaba hecho. Y ahora Antoinette usaba a su hija para sacarle cada vez más dinero mientras lo pintaba como si fuera el diablo, la causa de todos los problemas de María.

Sus ojos se posaron en la imagen de su hija. Su fotografía ocupaba uno de los estantes vacíos encima de

la televisión y era prácticamente la única decoración que quedaba en la casa de la playa. Antoinette había dejado el lugar desnudo al mudarse hacía más de un año.

María le devolvía la mirada con expresión sombría, como si no tuviera ningún motivo para sonreír.

Necesitaba una copa. Quería desconectar con el alcohol. No pedía mucho. Sólo una noche de fuga y volvería de nuevo a la abstinencia. Antes no había sido tan duro. Su hija no le había dicho nunca lo que le había dicho esa noche.

«Por favor, déjanos en paz. Tú lo empeoras todo. No quiero estar contigo, ¿vale? Tú tienes la culpa de todo».

Hunter tomó las llaves y la cartera, colocadas al lado del teléfono. Iría al bar de la esquina. Si pensaba beber, tenía que salir, pues llevaba seis meses sobrio y no había alcohol en la casa.

Pero se detuvo en la puerta. Los ojos de María parecían seguirlo, acusadores. «Sólo eres lo que dice ella. Un borracho».

Apretó la mandíbula y bajó la cabeza, combatiendo la debilidad que amenazaba con embargarlo. Combatiría el ansia de beber, aunque sólo fuera para probar que Antoinette se equivocaba.

Volvió al sofá y tomó la guitarra. Resultaba muy irónico que el alcohol hubiera sido lo único que le había permitido soportar la irritación y el disgusto que afrontaba a diario en su matrimonio y que el alcohol hubiera sido la causa de que cometiera el único error que se había prometido no cometer nunca, el error que lo había llevado a la cama de su vecina y a destruir su matrimonio.

Tocó varias canciones de Nickelback con la esperanza de abstraerse en la música. La guitarra le ayudaba a relajarse. Pero esa noche nada podía liberar su frustración. Antoinette le había prometido que podría

llevarse a María siete días a Hawái y él había planeado el viaje durante dos meses. Y luego su hija había llamado para decir que no iría.

Tocó unos cuantos acordes más, pero su corazón no estaba en la música. Le ardían la garganta y los ojos y los músculos le dolían por el esfuerzo de calmar su reacción.

Buscando algo, lo que fuera, con lo que llenar su mente para apartarla del rechazo de su hija, empezó a pensar en la mujer sureña que había llamado y buscaba a su padre.

Hunter suspiró. María no quería a su padre. Vivían a quince kilómetros de distancia, pero se negaba a ir a verlo. Lo cual complacía terriblemente a Antoinette, por supuesto. Su ex lo odiaba… porque nunca la había querido de verdad.

«¡Basta! Piensa en otra cosa».

La voz de Madeline Barker llegó de nuevo a sus oídos. «Eso es discriminatorio».

Dejó la guitarra a un lado y frunció el ceño. Mississippi no estaba en su lista de lugares que visitar, pero sabía lo que era una necesidad. Y allí no tenía nada, ¿verdad? Estaba atrapado en una casa vacía con la única compañía de su guitarra, trabajando día y noche para no derrumbarse y volver a la bebida.

Su vida se había vuelto patética. Amaba California, había vivido en Newport Beach casi toda su vida, pero el golpeteo continuo de las olas a veinte metros de su casa parecía susurrar: «María… María… María».

Había sido un idiota al perderla. Y más idiota aún al colocarle a Antoinette en las manos la soga con la que lo había ahorcado. Ahora ella se reía viéndolo balancearse en el aire…

Quizá fuera hora de parar el espectáculo. No obligaría a su hija a verlo; no podía soportar la idea de hacerla más desgraciada de lo que ya era. Ella le había dicho que estaría mejor si renunciaba a verla y se ale-

jaba. Pues lo haría por un tiempo. Dios sabía que no servía de nada quedarse allí sentado volviéndose loco. Y no le apetecía irse solo a Hawái. No necesitaba pasar solo tanto tiempo. Si iba, probablemente no duraría ni un día sin entrar en un bar.

Tomó una decisión y encendió la luz para ver el número desde el que lo había llamado Madeline Barker.

Madeline levantó la cabeza y parpadeó al oír el teléfono. ¿Era posible que fuera ya por la mañana?

Sentía el cuerpo rígido y dolorido. Miró el reloj y comprendió por qué. Sólo era la una. No había dormido más de veinte minutos y la postura, con la cabeza apoyada en el escritorio, le había causado un calambre en el cuello.

El teléfono volvió a sonar. Estuvo a punto de tirar el auricular, pero al fin consiguió acercárselo al oído.

—¿Diga? —preguntó en voz baja y ronca.

—¿Señorita Barker?

—¿Sí?

—Soy Hunter Solozano.

Ella se levantó de un salto.

—¿Qué quiere?

—¿Qué aeropuerto debo usar?

—¿Para…? ¿Viene aquí?

—¿No era eso lo que quería?

—Sí, pero… —los nervios le producían cosquillas en la cabeza—, no hemos hablado de los detalles.

—Cobro mil dólares al día más gastos.

¡Mil dólares al día! Madeline se llevó una mano a la boca.

—Usted dijo que podía pagarme. ¿Es cierto?

Le costaría una fortuna; más de lo que había esperado. Pero no estaba dispuesta a admitir que tenía dudas.

—No, no es problema —mintió.

—Bien. Necesito los primeros cinco mil como depósito.

Ella se mordió el labio inferior. Sólo eso agotaría su cuenta corriente y la dejaría sin dinero suficiente para las facturas del mes siguiente. El periódico era un trabajo de amor, pero no le daba un sueldo fabuloso.

—¿Cuánto tiempo cree que… durará la investigación?

—No tengo ni idea. ¿Cuántas ganas tiene de encontrar a su padre?

Ella hizo una mueca. Si el señor Solozano permanecía un mes allí, le costaría más de veinte mil dólares. Y eso descontando los fines de semana.

Pero había intentado todo lo demás y aquello le parecía su única esperanza.

—Muchas ganas.

—Bien. Estaré allí el jueves.

Ella tragó saliva.

—¿Tan pronto?

—Tiene suerte. Había planeado unas vacaciones y se han anulado.

¿Suerte? ¿A mil dólares al día más gastos?

—Ah… clarifiquemos. ¿Qué incluyen sus gastos exactamente? ¿Avión y hotel?

—Y coche de alquiler, comidas, las pruebas o análisis especializados que necesitemos hacer a las pruebas que encuentre, esas cosas.

—Entiendo —la lista podía ser larga, pero él sonaba muy convincente cuando hablaba de pruebas.

—¿Me reservará usted el hotel o lo hago yo? —preguntó él.

Madeline se cambió el teléfono de mano y se secó las palmas sudorosas en el pantalón del chándal.

—Estaba pensando…

—¿Sí?

—¿Hay algún modo de recortar gastos un poco?

—¿Recortar gastos? —preguntó él receloso.

—Tengo una casita de invitados. He pensado que puede quedarse allí. No haré ruido —añadió—. Vivo sola.

—¿Y qué voy a conducir?

—Mi coche.

—Y usted…

—Mi hermanastro me prestará una camioneta de la granja.

A Hunter no parecía importarle quedarse en su casa y usar su coche, pues accedió enseguida.

—De acuerdo. ¿Eso significa que vendrá a buscarme al aeropuerto?

Si le hacía de chófer, podrían hablar por el camino. Así él empezaría la investigación en cuanto llegara a Stillwater. Resultaba prudente ahorrar todo lo que pudiera, sobre todo porque no sabía si al final serviría de algo haberlo contratado. ¿Encontraría las pruebas que no había visto nadie más? ¿O sería tan poco eficaz como la policía?

Tal vez se iba a arruinar para nada, por un anhelo que nunca conseguía satisfacer.

—¿Señorita Barker?

Ella tragó saliva, pues sentía la boca seca.

—Iré a buscarlo. Vendrá a Nashville, ¿verdad?

—¿Está más cerca que Jackson?

—Dos horas más cerca.

—Bien. Sacaré el billete por Internet y la llamaré por la mañana.

—De acuerdo —repuso Madeline. Pero cuando colgó, no podía apartar la vista del teléfono—. ¿Qué he hecho? —murmuró.

3

—¿Que has hecho qué? —preguntó Grace.

Madeline sostenía el teléfono con el hombro mientras aclaraba la taza de café y la metía al lavavajillas. La mañana había llegado demasiado pronto. Después de una noche sin descansar nada, le picaban los ojos de fatiga. No ayudaba nada que el café que había tomado para despertarse hubiera caído como una piedra en su estómago vacío.

—He contratado a un investigador privado.

Hubo un momento de silencio.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿De dónde?

—De California.

—Pero… hace muchos años que desapareció papá.

—Lo sé. Por eso lo he hecho.

Sophie la siguió al baño. Tenía que terminar de maquillarse y peinarse para ir a la redacción. No podía seguir evitando el trabajo. Iría y escribiría el artículo que debería haber escrito el día anterior antes de que el periódico tuviera que entrar en la imprenta. Quizá su re-

solución había llegado un poco tarde, pero seguía siendo la única periodista de Stillwater y contaría con imparcialidad los detalles del descubrimiento del Cadillac independientemente de su relación personal.

—Pero Allie ha sido inspectora de casos antiguos —dijo Grace—. Si ella no pudo encontrar nada, ¿no tienes miedo de que contratar a otro sea perder el tiempo y el dinero?

Madeline no quería hablar de Allie con Grace. Una vez que había empezado a interesarse por Clay a nivel romántico, había dejado de mostrarse comprometida con la investigación. ¿Había sido por miedo a lo que pudiera encontrar si buscaba de verdad? Teniendo en cuenta lo que creían todos los demás, probablemente, Madeline dudaba de que a Allie le preocupara eso ahora que conocía bien a Clay, pero los dos parecían decididos a mirar al frente y dejar atrás el pasado.

Ellos podían hacerlo porque no sentían la misma responsabilidad para con Lee Barker que sentía su hija. El padre de Allie había tenido sus propios problemas antes de irse del pueblo, problemas que incluían una aventura con Irene. Pero el jefe McCormick seguía siendo parte de la vida de Allie. ¿Cómo podía entender ella lo que era no saber dónde estaba ni si seguía con vida? Y Clay sólo había vivido tres años con Lee.

—Su padre la despidió por ponerse de parte de Clay antes de que pudiera escarbar demasiado —dijo, intentando suavizar el tema.

Si empezaba a señalar con el dedo a los demás por no esforzarse bastante, sabía que Grace se sentiría culpable por asociación. Y Grace había tenido que lidiar con sus propios demonios. Hasta su regreso a casa año y medio antes no había tenido mucha relación con su familia. Antes de eso había sido una mujer distante emocionalmente y totalmente absorta en su trabajo como ayudante del fiscal del distrito de Jackson.

El pasado había sido difícil para todos ellos.

—Ella habría seguido escarbando —comentó Grace—, pero no encontró nada que le diera ninguna indicación de adónde pudo haber ido papá.

—O quién pudo hacerle algo —añadió Madeline.

—O quién pudo hacerle algo.

Madeline se echó atrás el pelo para poner maquillaje en las ojeras oscuras que eran fruto de una semana de noches de poco descanso.

—Es algo que tengo que hacer.

—Puede que eso no resuelva nada —repuso Grace.

—Lo sé, pero ver salir el Cadillac de la cantera me puso enferma. Sentí que le había fallado a mi padre al no hacer más. También me he fallado a mí misma e incluso a vosotros, a Clay y a ti. El verano pasado casi procesan a Clay por asesinato.

—No creo que vuelvan a ir a por él —argumentó Grace—. Todos los problemas del año pasado se debieron a presiones políticas. Los Vincelli se han retirado desde entonces.

—Mis tíos quizá sí, pero mis primos no. Ya los viste en la cantera.

—Joe y Roger son buitres.

—Tienen muchos amigos poderosos.

—Pero no hay pruebas de nada. Nunca las ha habido. Clay es inocente.

Madeline terminó de maquillarse y se puso sombra de ojos.

—El coche volverá a removerlo todo —dijo—. ¿No crees que es mejor llegar al fondo de lo que pasó?

Hubo una pausa.

—¿Ocurre algo? —preguntó al fin Madeline.

—No, claro que no —repuso Grace—. Créeme, yo también quiero saber lo que pasó. Pero no a cualquier precio.

—Estamos hablando de dinero. ¿Qué es el dinero comparado con la paz mental? —Madeline dejó la sombra de ojos en el estuche de maquillaje y buscó colorete.

—¿Te lo puedes permitir? —preguntó Grace.

—Lo mantendré el tiempo que pueda —repuso Madeline, que esperaba que Hunter le diera respuestas antes de que acabara viviendo en la calle.

—¿Necesitas ayuda para pagarle?

Era una oferte generosa, pero Madeline no esperaba que su hermanastra financiara una investigación que probablemente no aprobaba. El señor Solozano posiblemente se centraría en Grace, su madre y su hermano, al menos al principio, hasta que fuera más allá de las pruebas circunstanciales que llevaban a todos los demás a culpar a los Montgomery.

—No, pero gracias —miró su reloj; eran casi las nueve—. Tengo que irme.

—Quizá deberías hablarlo con Clay.

—Estoy segura de que el señor Solozano ya ha comprado el billete de avión.

—¿Dónde se quedará?

—Aquí, en la casita de invitados.

—¡Pero no lo conoces de nada! ¿Es buena idea?

—Todo irá bien.

—¿Qué tiene de malo que se hospede en el motel Cinta Azul?

—Es de Los Ángeles.

—¿Y qué?

Madeline no estaba dispuesta a meter a Hunter Solozano en el viejo motel situado al lado de un parque de caravanas semidestrozadas. Eso le daría motivos para mirarla con desprecio y encima le costaría dinero, y además, le gustaba la idea de tener cerca a su investigador privado. Así podría ver si trabajaba o se dedicaba a ver la tele a su costa.

—Viene muy bien recomendado.

—Madeline…

—Cuando lo haya visto, si creo que supone un peligro, haré algunos reajustes —la interrumpió Madeline.

—De acuerdo —musitó Grace—. ¿Y crees de verdad que ese hombre puede ayudar en algo?

—Estoy segura de ello; hablamos luego.

Cuando colgó el teléfono, Madeline se dio cuenta de que estaba poniendo mucha confianza en Hunter y tal vez se llevara una gran decepción. Pero todos los investigadores que lo habían recomendado lo habían hecho en muy buenos términos y ella necesitaba creer que podría cerrar por fin aquel capítulo.

Sin embargo, por extraño que resultara, la idea del cierre también la ponía nerviosa. Supuso que, en el fondo, le aterrorizaba más la verdad de lo que nunca había querido admitir ni siquiera para sí misma. Conocía a casi todos los del pueblo y era muy probable que también conociera al asesino de su padre.

Clay miraba por la ventana de la cocina el establo donde había empezado todo. El sol se asomaba por detrás de las nubes y daba a la estructura una sombra siniestra que se extendía por el patio y llegaba casi al gallinero.

Por desgracia, la sombra del hombre que habían enterrado detrás de ese establo se extendía todavía más. Clay sólo tenía dieciséis años la noche en que todo salió mal, pero los sucesos de entonces seguían atormentándolo.

Veinte malditos años… y sabía que lo ocurrido seguiría preocupándole sesenta años después.

Movió la cabeza y fijó la vista en el establo. Después de que sus hermanas se marcharan a la universidad y su madre se mudara al pueblo, había convertido el establo, que en otro tiempo albergaba el caballo del reverendo y un par de caballos de labor, en una amplia zona abierta para restaurar coches antiguos. Pero la sección donde había estado el despacho de Lee Barker permanecía oscura y vacía. Clay no tenía planeado

usar ese espacio y nunca iba allí. Evocaba demasiados recuerdos del hombre al que odiaba más que a nadie en el mundo.

Apretó la mandíbula e imaginó a su padrastro de pie en la ventana de aquel despacho, mirando atentamente si se hacían las tareas de la granja según su criterio. Después de que Irene se casara con el reverendo, Clay se había convertido en poco más que un esclavo. Pero era mucho peor lo que Barker le había hecho a Grace.

—Nunca estás dentro a esta hora. ¿Qué te pasa?

Clay se volvió a mirar a su esposa, que entraba en la habitación. La estaba esperando. Ella iba a ayudar los martes en la escuela de su hija, pero solía estar de vuelta a mediodía.

—Ha llamado Grace —repuso, mirándola a los ojos como hacía siempre. Ver sus grandes ojos marrones, su piel suave y su sonrisa presta tenía siempre el poder de tranquilizarlo.

Pero en ese momento no sonreía.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿La policía ha encontrado alguna prueba o…?

—No que yo sepa.

Allie arrugó la frente.

—¿Entonces qué?

Clay hubiera preferido no tener que cargarla con sus preocupaciones. Estaba acostumbrado a lidiar con ellas solo y en cierto sentido lo prefería. Ella no había tomado parte en los incidentes que tanto habían definido la vida de él. Pero cuando se casaron, le había prometido no dejarla al margen de nada, ni siquiera de aquello.

—Madeline ha contratado a un detective privado.

Allie le hizo sentarse en una silla de la cocina y empezó a masajearle los hombros.

—Puede que eso no importe. El caso empieza a ser tan viejo que es difícil que alguien lo resuelva. Y no hay muchos detectives competentes por ahí.

Clay frunció el ceño.

—Éste tiene mucha fama.

—¿Cómo lo sabes?

—Grace lo ha investigado. Uno de los abogados con los que trabajaba es de California y lo ha contratado en ocasiones.

Las manos de ella se detuvieron.

—¿Tiene antecedentes en investigación criminal?

—Por lo que ha averiguado Grace, antes fue policía. Pasó al sector privado cuando se dio cuenta de que podía encontrar casi todo lo que se propusiera y había gente dispuesta a pagar por ello.

—Genial —comentó ella con sarcasmo—. ¿Y cuál es su especialidad? ¿Gente que lleva veinte años desaparecida?

Clay giró el cuello.

—Creo que ha buscado más propiedades que personas.

—¿Y por qué va a venir aquí?

—Parece que acepta todo lo que le interesa.

Allie reanudó el masaje.

—Lo superaremos —murmuró.

Decía lo mismo de todos los desafíos y su actitud hacía la vida más fácil.

—Me alegro de haberte encontrado —dijo él. Le besó la mano. El pasado no se entrometía tanto cuando Allie andaba cerca, pero sabía que nunca desaparecería del todo. Por eso se había mostrado tan reacio a una relación con ella. No era justo llevar un secreto tan oscuro al matrimonio, cargar a su esposa con el miedo del descubrimiento o la tarea de impedir que se produjera.

—Estábamos hechos el uno para el otro —decía ella.

Clay cerró los ojos, disfrutando del masaje a pesar de la ansiedad que lo embargaba.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella.

Él había pensado en eso desde que oyera la noticia.

—No creo que pueda hacer nada.

—Puedes llamar a Madeline y disuadirla.

—Eso quizá la retuviera un tiempo, pero su deseo de saber es demasiado fuerte, sobre todo desde que encontraron el Cadillac. Aunque pudiera convencerla ahora, antes o después acabaría por contratarlo.

—Yo no lo creo. A ti te escucha. Te admira mucho.

Si su hermanastra descubría la verdad, no lo admiraría tanto. En realidad, no podría perdonarlo nunca. Todo aquello era muy complicado. Si Madeline se enteraba de lo que de verdad había ocurrido, perdería algo más que la relación con él, con su madre, con Grace y con Molly, la hermana menor que vivía en Nueva York.

—Parece que ha terminado con Kirk —musitó para cambiar de tema.

—¿Y eso te preocupa?

Clay se volvió a mirarla.

—¿A ti no?

Ella le sonrió.

—Kirk me cae bien, pero no debemos meternos en eso. Madeline tiene que hacer lo que mejor le parezca.

—¿Cómo sabes que no es Kirk lo que necesita? Es un buen hombre, muy trabajador.

—Que a ti te caiga bien no significa que deba casarse con él. Ahí no hay chispa o se habrían casado hace mucho. Se comportan más como camaradas que como amantes.

Pero Kirk había estado tantos años con ella que ya se había hecho un hueco en la familia y no era probable que eso cambiara.

—Tiene que hacer algo. Ya ha cumplido los treinta y seis.

Allie soltó una risita.

—Tú también. Y no sois ancianos.

—Ella sigue hablando de tener familia numerosa.

—Encontrará al hombre apropiado.

—Kirk es el hombre apropiado —insistió él—. Debería casarse con él, formar una familia y olvidar el pasado —se cruzó de brazos con aire sombrío—. Y en vez de eso, se gasta el dinero en un detective que puede arruinarle la vida.

—La culpabilidad, la responsabilidad y la curiosidad son motivadores poderosos —dijo ella—. Tú precisamente deberías entenderlo.

—No estamos hablando de mí.

Allie sonrió.

—¡Si supieras el hombre tan bueno que eres!

Él se apartó el pelo de los ojos. Empezaba a estar largo, necesitaba un corte.

—A mí me basta con que tú creas que soy bueno.

—Quizá si Madeline tuviera a su madre, la situación sería diferente.

—Pues claro que sí. Entonces mi madre no se habría casado con Lee Barker. No hablaba nada bien de su primera esposa, pero jamás se habría divorciado; no habría quedado bien —musitó Clay con amargura—. Le importaban demasiado las apariencias.

Ella se inclinó a besarle la mejilla.

—Tú has hecho lo que has podido por ella. La quieres tanto como a tus otras hermanas.

—Pero para ella no es lo mismo. Es familia y, sin embargo, es la única que no lo es. Eso debe de ser duro.

—No tanto como sería que se enterara de la verdad —Allie se acercó al teléfono—. Así que llámala.

—¿Y qué le digo? ¿«Eh, Madeline, te aseguro que no quieres saber lo que crees que quieres saber»?

Ella le tiró juguetonamente del pelo.

—No. Dile que el caso es muy viejo, que el detective no descubrirá nada nuevo, que se va a gastar una fortuna para nada. Y si eso no funciona, hazle saber que no lo apruebas.

—No puedo presionarla mucho.